



AFFECTOS DE UN PECADOR ARREPENTIDO,
compareciendo en la presencia de Christo Señor nuestro,
puesto en el soberano trono de la cruz, pidiendo
à su divina Magestad el caudal de
sus misericordias.

Y Apuesque en la triste amarga
opresion de la ansia mia,
tuvo lugar el discurso
para indagar sus fatigas:
y ya que en el torpe obscuro
laberinto de mi vida
pudo tomar mi conciencia
à su gusto las medidas:
antes que la ardiente espada
de la Justicia divina

esgrima contra mis cargos
el filo de su cuchilla:
antes que el terrible estrago
de la final bateria
aplome sobre mis culpas
la pesadez de sus iras:
y antes que de las clemencias,
que benevolas me brindan,
agoten los sufrimientos
mis ofensas repetidas:

guic.

quiero anegar mis delitos
en la oportuna avenida
de lágrimas, que á los ojos
el corazon comunica.
Salga al labio mi delito,
que aunque su dureza oprima,
á los raudales de un llanto
todo escollo se liquida.
Vomítese de mi pecho
tanta ponzoña nociva,
que á engaño de suavidades
es tósigo de mi vida.
Lo impuro de mi conciencia
se purifique en sí misma.
de suerte que de aquel fuego
no queden leves cenizas.
Al activo ardor constrante
del incendio que hoy me anima,
fenezcan traydorras llamas,
que el corazon oprimian.
Y en fin salgan animosas
esta vez las ansias mías,
que basta ser bien lloradas,
para ser bien admitidas.
Llegue el dolor con aliento
á ofrecer ansia tan fina
puesto que el que la recibe,
es el mismo que la envia.
Bien puede entrar sin recelo,
que en tan segura partida
hallará el mejor abono
en su confianza misma.
Señor, ante el regio-trono
de vuestra piedad benigna,
un alma que se delata,
como Padre os solicita.
Confieso que de mis cargos
es la máquina infinita,
y que al querer pronunciarlos,
la misma voz se horroriza.

No ignoro, que el menor de ellos,
si á la justicia se mira,
á un abismo de tormentos
errado me precipita;
y bien sé que de mi parte
ningun mérito me anima,
mas que á creceros enojos,
y á multiplicaros iras.
Ya conozco que en lo aleve
de mi ciega fantasía,
ni la locura me salva,
ni la ignorancia me libra.
Bárbaro, atrevido y loco,
con infiel alevosía
pequé contra vos (qué horror!)
os negué (qué tiranía!).
Pero cómo tengo aliento
para decirlo, y las mismas
palabras no me confunden,
al tiempo de proferirlas?
De quien se animan mis voces?
cómo mi lengua atrevida
se halla capaz al acento,
sin que el dolor la divida?
No son, Señor, estos ecos
hijos de mi cobardía,
si efectos de vuestra gracia,
que en mi pecho se organizan.
Y así el temor no repugna
esta vez la valentía,
que el ánimo es aquí solo
aliento, mas no osadía.
Aliento, bien que cobardes;
pues esta acción respectiva
la extiende á mas animosa
del temor la bizarría.
O quién pudiera pagaros,
en atención de esta dicha,
con puras veneraciones
finezas tan excelsivas!

Pe-

Pero es imposible empeño,
porque lo humano limita
la capacidad del culto
á tanta soberanía.
Bien es que vuestra clemencia
recibe por paga digna
el fiel amoroso obsequio
de una voluntad rendida.
Y si esta es digno holocausto,
ya el alma os la sacrifica,
y tal, que merezca ser
á vuestro gusto medida.
Digo otra vez que pequé,
y otras mil veces lo diga,
porque me ponga mi arrojó
su mismo horror á la vista.
Contra vos pequé (qué pena!)
contra vos, en quien se cifra
de la bondad mas inmensa
la suma mas infinita.
Contra vos, en cuya mano
toda esa esfera lucida,
todo este globo terreno
se sustenta y fertiliza.
Contra vos, por cuyo aliento
en la senda peregrina
del mundo, todo viviente
goza el ayre que respira.
Contra vos, á cuyo acuerdo,
contra vos, á vuya vista
está toda acción presente,
por mucho que esté escondida.
Contra vos, quien me dió paso,
á costa de mil fatigas,
de la muerte de un delito
á la gracia de una vida.
Contra vos, Señor, en fin,
mi naturaleza esquiva
traydora se opuso, al paso
que vuestra piedad me inspira.

Deaquella agua, en que la gracia
me disteis sin adquirirla,
borré el carácter hermoso,
á instancias de mi malicia.
Avasallada la idea
del horror que la domina,
dando rienda al apetito,
solo á su gusto se inclina.
Porque dando á mi deseo
veneraciones indignas,
no tuvo mas ley que el ocio,
ni mas Dios que las delicias.
En esto he gastado el tiempo
de mi juventud florida,
en esto pasé los años,
y en esto ocupé los días.
Qué cuenta podré entregaros
del discurso de mi vida,
si en el guarismo que muestra,
es erratas quanto indicia?
Cómo dará la memoria
su descargo inadvertida,
quando en todos sus acuerdos
solo vuestra ley olvida?
Qué dirá el entendimiento,
si colocado en la cima
de este racional compuesto,
errado se precipita?
Qué la voluntad, si torpe,
desbocada, fiera, altiva,
solo á pasatiempos vanos
sus afectos encamina?
Qué responderán los ojos,
quando en la cuenta precisa
le pongan en tantos cargos
sus obgetos á la vista?
Qué será de los oídos,
al reparar convertidas
palabras mal escuchadas
en quexas bien entendidas?

Qué

Qué dirá el olfato, empleo
de los ámbares que admira,
quando llegue el final plazo,
que sus fragancias marchita?
Qué será del gusto, quando
por las pasadas delicias
de varios manjares, note
la desazon de aquel día?
El tacto, que á suavidades
se entregó de la lascivia,
qué dirá á las asperezas
de los cargos que le instigan?
Qué será de mí, pues veo,
que en tantos gastados días
apénas encuentro paso,
que á mi mal no se encamina?
Loco he sido, ciego estuve;
no fui yo, pues mi perfidia
para el norte verdadero
llevó la senda torcida.
Todo he sido contra vos
en mi vanidad mentada;
y solo á cariños vuestros
respondí con tiranías.
Mas no por eso, Señor,
mi humildad se desanima,
que pues vivo, tengo aliento;
pues aliento, tengo vida.
Tarde, al parecer, Señor,
esta advertencia se mira;
mas nunca es tarde, pues siempre
es de vos bien recibida.
Tarde á vuestro llamamiento
llegó penitente Dimas;
y de vale un paraíso
solo un recuerdo que os dicta.
Tarde, y del perdón indigno,
llegó el Pródigo, y se mira
en el amor de su Padre
su contrición admitida.

Nunca es tarde para el justo
dolor, porque es medicina
que tiene en qualquiera tiempo
su actividad prevenida.
Excésivo en todo extremo
es el que mi fe os envía,
con cuyos quilates dexa
satisfechas las medidas.
No es el temor del infierno,
ni la gloria prometida,
los motivos que en mi pecho
estos pesares fabrican:
que solo me mueve el ver
vuestra bondad infinita
tan propia de ser amada,
tan digna de ser querida.
Quiéroos por solo quereros,
que es la víctima mas fina,
que en sus tiernos reverentes
cultos amor sacrifica.
Quiéroos, por tener presentes
tantas penosas fatigas,
á que (solo por amarme)
vuestra Magestad se humilla.
Quiéroos por muchas razones,
que oculta mi lengua tibia;
pues si capaz de aprehenderlas,
es incapaz de decirlas.
La muerte del pecador,
por vuestra palabra misma
se muy bien que no queréis,
si que se convierta y viva.
Pues aquí tenéis postrado
de ese achaque á la ruina,
en donde pueda cumplirse
vuestra promesa divina.
Merezca vuestras piedades
quien tanto las solicita;
no quede, no desayrado
el que á vuestros pies se humilla.

Que

Que si lo haceis por el llanto,
ya en raudales os le envía
el corazón compungido,
de vuestro amor hecho pira.
Bien sabéis que sus crecientes
por los ojos se deslizan,
porque en el lago del pecho
rebotaron las medidas.
Estas lágrimas que vierto,
bien sé que son perlas finas,
si para mí de gran precio,
para vos de mucha estima.
Tomadlas, Señor, tomadlas,
y en vuestra gracia admiradlas,
que si el amor las presenta,
el dolor las sacrifica.
Dádiva de tanto gusto
es para vos, y tan rica,
que hasta ahora no se ha visto
de vuestro agrado expelida.
Bien, en abono de serlo,
tantos afanes lo digan,
con que en disfraz de lo humano
venisteis á prevenirlas.
Diganlo tantos tormentos,
diganlo tantas fatigas,
diganlo tantos sudores,
y en fin vuestra sangre misma.
Por su valor mi quebranto
á vuestra clemencia grita;
ved, Señor, que esto es lo propio
que por vos se solicita.
En esa cátedra hermosa
de la cruz, á mí se inclina
vuestra sentida cabeza,
y á la clemencia me brinda.
Ese entretexido enlace
de penetrantes espinas,
en setenta y dos raudales
me están vertiendo delicias.

Los brazos tenéis clavados,
y en esa acción significan
que para darme la gracia
en vos se obró la justicia.
Esas fuentes caudalosas,
que en vuestro cuerpo examinan
los ojos, son dulce néctar
que la clemencia destila.
No se pierdan en mi abono
mercedes tan excesivas:
que finezas tan ganadas,
son mucho para perdidas.
Lavadme con el hisopo
de tanta sangre vertida,
para que llegue mi alma
á vuestra presencia digna.
Atended á la flaqueza
de la natural malicia,
propensa siempre á lo inmundo,
en que se halló concebida.
Téstense tan execrables
injustas alevosías:
de los libros que contienen
lo trágico de mi vida.
Comiencese nueva cuenta,
que no habrá en la enmienda fixa
acción que no se blasone
de vuestro servicio digna.
Desde hoy en esta ventura
mi fe constante se alista;
desde hoy espero el perdón
de vuestra piedad divina.
Y mas quando vuestra Madre
es la Protectora mia,
y vos no podeis negarle
lo que como Madre os pida.
Su valimiento interpongo
con vuestra soberanía
pues sé que su mediación
nos logra todas las dichas.

TIER-

Y decidle en fin, que erré
en todo el pasado tiempo,
porque engañada la idea,
envidó de falso el resto;
pero que abiertos los ojos
à la luz del escarmiento,
tomaré seguras cartas,
para mejorar de juego.
Que bien sé yo que me estima,
y que à su piedad atento,
con el vale de la enmienda
ha de quedar satisfecho.
Y si durare el enojo,
pues en suma lo merezco,
por repetidas palabras,
à que falté poco atento:
decidle vos que se acuerde
de tanto licor sangriento,
con que por securas mias
regó generoso un huerto.
Representadle amorosa,
quando fino y alhagüño
no supo negar la cara
à la falsedad de un beso.
Que de ultrages, bofetadas,
salivas y vilipendios,
sufrió mucho, por sacarme
de la esclavitud de un yerro.
Que sufrió, siendo tesoro
de la ciencia el mas inmenso,
ser reputado por loco,
aun del hombre ménos cuerdo.
Que de castigos tiranos
fue testimonio sangriento
tanta multitud de llagas,
que matizaron su cuerpo.
Que sufrió injusta sentencia;
y que qual infame reo,
de tanto rabioso lobo
fue el mas humilde Cordero.

Que al monte del sacrificio,
como otro Isaac; llevó el leño
acuestas, donde ser quiso
víctima de tanto afecto.
Que para pedir al Padre
el perdon de agenos yerros,
aun en el postrer suspiro
se supo esforzar su aliento.
Que en la última agonía
estuvo en su amante incendio
hidrópica la fineza,
con la sed de mas tormentos.
Y en fin que perdió la vida
con valeroso denuedo,
por dexar libre mi alma
del misero cautiverio.
Y si no obstante se hallare
su justo rigor severo
(que tanto puede la suma
de mis delitos protervos)
recordadle las fatigas,
las ansias y los intensos
dolores, que en vos, Señora,
à los suyos compitieron.
Propóngale vuestra angustia
de su soledad el centro,
y será fuerza se rinda
à tan lastimoso objero.
Sé que mi amistad desea,
proporcionando los medios,
tan eficaz, que parece
lograr ventajas en ello.
Aunque al perdon nos convida,
quiere que le importunemos:
mas quién llegar osaria
sin vos à su trono regio?
Por lo que esperó la gracia
de este reverente obsequio;
y porque son sus delicias
mis bien sentidos afectos.